



DIOS HUELE A PLENITUD

El trato con Dios, sobre todo si es habitual, deja en el alma un olor de Dios bien perceptible. Al volver de su compañía, de estar junto a Él, nos ocurre algo parecido como cuando regresamos del campo, que nos traemos su aroma pegado a nuestro cuerpo. Y todo ello sin pretenderlo y sin

esforzarnos. Y además no hace falta que nos pregunten de donde venimos, porque el olor que traemos lo delata.

¡Qué difícil es disimular que uno ha estado en el campo cuando las manos o las ropas nos huelen a tomillo!

Pues también hay un olor de Dios que se pega al alma a fuerza de estar a su lado. Es algo tan sutil como cierto, tan perceptible como indefinible. Tanto, que a ningún olfato avezado le pasaría desapercibida su presencia.

Y ¿cómo es ese olor? Pues como es Dios mismo: como un campo en plenitud. Es algo así como ese aroma de mieses maduras que inunda el atardecer.

Es ese olor de fruta sazónada que parece alimentar con solo percibirlo. Olor de plenitud, de madurez. Ese es el olor de Dios. Y lo es porque su presencia colma toda alma.

El trato con Dios, la conversación prolongada con El, va madurando el espíritu del hombre. De ese trato se saca inevitablemente la claridad, paz, armonía, dulzura, verdad.

Por eso resulta fácil saber de alguien si trata o no trata habitualmente con Dios. Porque su olor se le escapa de dentro al que lo posee y perfuma la conversación y el ambiente sin remedio.

¿O es que hay alguien capaz de ponerle barreras al aroma del campo en la plenitud de la primavera?